

El problema de Hillary Clinton con Wall Street



La pasada semana, Hillary Clinton, por lo general imponente, se ha comportado como una hoja en medio de una tormenta. El viernes pasado, haciendo campaña en Boston a favor de la candidata demócrata a gobernadora, Martha Coakley, Clinton no solo alabó a Elizabeth Warren, la senadora de Massachusetts que se ha ganado devotos seguidores como flagelo de la banca sino que sonaba igual que ella.

“Me encanta ver a Elizabeth dándole duro a los que se lo tienen merecido”, afirmó Clinton. Alabó a Coakley por sus cualidades presuntamente dignas de Warren: “Se enfrentó a los grandes bancos nacionales que trataron de estafar, atrapar y engañar a nuestras familias”. Calentándose con el tema, siguió Clinton en una desacostumbrada vena populista: “No dejéis que nadie os diga, ya sabéis, que son las empresas y negocios los que crean puestos de trabajo. Ya conocéis esa vieja teoría, la economía del goteo (“trickle-down”): ya se ha probado y fracasó”.

El problema es que algunos de los apoyos de larga data de Clinton gestionan esos

grandes bancos. El lunes, en un receso de su campaña en Nueva York, la supuesta favorita para la carrera presidencial lo reformuló: “Nuestra economía crece cuando empresas y emprendedores crean empleos bien pagados aquí en los Estados Unidos, donde trabajadores y familias tienen la capacidad de ascender desde abajo y resolver sus problemas”.

El semi-casi-giro de 180 grados de Clinton refleja una tensión fundamental en la política demócrata. Como la mayoría de los norteamericanos, los activistas del partido no tienen más que desprecio por Wall Street, que consideran — y una gran amplitud de datos los respalda — que se enriquece a expensas del resto del país. Sin embargo, en lo que se refiere a la política y el gobierno presidenciales, un sector notable de la mayor banca lleva apoyando desde hace mucho a los demócratas. En realidad, a medida que ha aumentado la parte de Wall Street en la riqueza del país, se ha convertido en un financiador sobresaliente de los aspirantes demócratas, no menos que de los republicanos y ha reclamado para sí los puestos económicos más altos en las dos últimas administraciones demócratas.

Pero el Wall Street del que salió el banquero C. Douglas Dillon para convertirse en secretario del Tesoro de John F. Kennedy en 1961 no podría ser más diferente del Wall Street que engendró a Robert Rubin y su protegido de ideas afines en la Fed de Nueva York, Timothy Geithner, secretarios respectivamente de Bill Clinton y Barack Obama. En los días de Dillon, Wall Street, que operaba todavía con la regulación del New Deal, financiaba a las empresas y no se llevaba por ello un pedazo enorme. En el último cuarto de siglo, sin embargo, Wall Street se convirtió en la fuerza dominante y el sector más lucrativo de la economía norteamericana, enriqueciendo a accionistas y banqueros a expensas de casi todos los demás. La terca oposición del Departamento del Tesoro a la regulación de los derivados y su apoyo a la revocación de la Ley Glass-Steagall, que había mantenido públicamente asegurados a los bancos depositarios frente a inversiones arriesgadas, contribuyó de manera directa al derrumbe de 2008 y a la consiguiente recesión. La indiferencia del Departamento del Tesoro a las penurias de los propietarios de viviendas devaluadas — contraste sorprendente con la diligencia con la que colmaron a los grandes bancos— prolongó y agravó la recesión.

Hoy, tal como informaba Andrew Ross Sorkin, columnista financiero del New York Times, “un ejército de banqueros de Wall Street ha estado pescando puestos en su campaña [presidencial, la Hillary Clinton] con la esperanza de coger sitio en su administración”. Esos banqueros, escribió Sorkin, saludaron el discurso de Clinton en Boston con una mezcla y de consternación y escepticismo. “Dudo que lo dijera en serio”, le comentó uno de ellos.

¿Cómo evitará el ala del Partido Demócrata que no es de Wall Street — el 99% demócrata, podríamos decir — que su presunta nominada presidencial siga confiando la economía del país a los que ven Wall Street como solución más que como problema? ¿Cómo pueden los demócratas salvar a Clinton de sí misma?

Pues de esta manera: en el verano de 1932-1933, cuando el presidente electo Franklin Roosevelt andaba formando su gabinete, recibió presiones para nombrar a un jefe del banco de inversiones J.P. Morgan, que tenía entonces sus oficinas centrales en el número 23 de Wall St., para un puesto directivo en el Tesoro. Roosevelt se negó...categóricamente. “Sencillamente, no podemos alinearnos con el 23”, le dijo a un asistente.

La negativa de Roosevelt debería convertirse en el baremo por el que deberían medir

los activistas demócratas a todos sus candidatos presidenciales. FDR comprendió que la banca en buena medida sin regular de los años 20 había sido causa substancial del *crac* de 1929 y la Gran Depresión y no se le debía confiar la reconstrucción de la economía. A tenor de un historial casi igualmente desastroso del Wall Street posterior a esas regulaciones de los últimos decenios, el nuevo presidente tiene que comprender esto de modo parecido.

Así que igual que Roosevelt le dijo que no al 23, los demócratas deberían insistir en que sus candidatos le digan que no al 200 (número de la calle donde se encuentran las oficinas centrales Goldman Sachs), que no al 270 (J.P. Morgan Chase) y así sucesivamente. Los banqueros de Wall Street tienen su lugar, pero no está en el Tesoro.

Harold Meyerson es un veterano periodista estadounidense, director ejecutivo de la revista *The American Prospect* y columnista de *The Washington Post*.

Traducción para www.sinpermiso.info: Lucas Antón

Sinpermiso electrónico se ofrece semanalmente de forma gratuita. No recibe ningún tipo de subvención pública ni privada, y su existencia sólo es posible gracias al trabajo voluntario de sus colaboradores y a las donaciones altruistas de sus lectores